



Homilía del Arzobispo Thomas Wenski durante la Misa de apertura del JUBILEO DE LA ESPERANZA 2025 en la Catedral de Santa Maríael 28 de diciembre de 2024 - Fiesta de la Sagrada Familia.

Cada 25 años, la Iglesia celebra un Año Jubilar para conmemorar que Dios se hizo carne de nuestra carne y, nacido niño, creció en una familia santa y amorosa. Vino a reconciliarnos consigo mismo mediante su sacrificio en la Cruz, que nos dio la vida, y su resurrección a una Vida nueva para nuestra salvación y la salvación del mundo entero. El Año Jubilar marca el 2.025 aniversario de la Encarnación, y su propósito es fortalecer nuestra fe, reconocer a Cristo en medio de nosotros para que, transformadas nuestras vidas, seamos peregrinos de esperanza.

El peregrino no es un caminante sin rumbo fijo. Los peregrinos son personas con un destino, saben adónde van y, por tanto, saben quiénes son.

Ese destino es el Reino de los Cielos, donde nuestra esperanza en Jesucristo será reivindicada. Porque caminamos por la fe, seguros de que Jesucristo es la esperanza que no defrauda.

Tal vez a causa del secularismo ascendente de nuestro tiempo, tal vez a causa del testimonio mediocre o incluso contra-testimonio de demasiados cristianos, muchas personas hoy en día han perdido la esperanza - o tal vez nunca la tuvieron en primer lugar.

Muchos de los males sociales de nuestros días son sintomáticos de esta pérdida o falta de esperanza.

Las vidas perdidas por suicidio o por adicciones se denominan «muertes por desesperación». Porque quien tiene esperanza no se suicida, ni se envenena con drogas. Aunque en este país no es tan grave como en Europa o en China, estamos a punto de vivir un invierno demográfico, ya que las tasas de natalidad siguen bajando. Los niños son, por supuesto, nuestro futuro. Pero sin esperanza, no hay futuro. Las mujeres que abortan a sus bebés en el vientre materno obviamente no ven un futuro de esperanza ni para ellas ni para sus bebés, y los jóvenes posponen el matrimonio y tener hijos porque tales compromisos requieren creer en un futuro de esperanza. Y las diversas ideologías «woke» de hoy no son religiones sustitutas, que venden una falsa esperanza que en última instancia decepcionará a sus seguidores como las falsas religiones del siglo pasado del marxismo y el fascismo decepcionaron a los suyos.

Así pues, este Año Jubilar, que comenzó en Roma en Nochebuena y terminará con la fiesta de la Epifanía en 2026, no podía haber llegado lo bastante pronto. El Jubileo 2025 nos llama a cada uno de nosotros a la renovación espiritual y a la transformación del mundo reintroduciendo la esperanza en el mundo. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza; sin esperanza, no hay futuro.

En la lectura del Evangelio de hoy, Jesús es encontrado por sus padres en el Templo predicando. La Sagrada Familia peregrinaba y regresaba a Nazaret cuando se dieron cuenta de que Jesús no iba con ellos en la caravana.

Recuerdo que, cuando era obispo de Orlando, este mismo Evangelio se leyó en la ordenación de dos sacerdotes. Y uno de los futuros sacerdotes estaba muy contento con la elección de esta lectura del Evangelio, porque dijo que cuando les dijo a sus padres que iba a ir al seminario y se iba a hacer sacerdote, su madre reaccionó como lo hizo la Virgen. «Hijo», le dijo María, “¿por qué nos has hecho esto?”.

En cualquier caso, el joven Jesús sí volvió con ellos a Nazaret y les fue obediente. Hoy, además de celebrar el inicio del Jubileo, en el primer domingo después de Navidad, celebramos la fiesta de la Sagrada Familia.

Como peregrinos de la esperanza, debemos recordar también que ésta se alimenta en la Iglesia doméstica, la Iglesia en el hogar, la familia.

La familia, fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, es el camino donde los hijos pueden encontrar y conocer mejor a Dios; es una escuela de fe y de valores; es donde la entrega mutua y la fidelidad de marido y mujer proporcionan un hogar seguro y protegido para que los hijos crezcan mejor en la virtud y asuman sus propias responsabilidades como miembros de la sociedad y como ciudadanos de un país.

La familia no es opcional, ni siquiera para Dios. Cuando Dios decidió revelarse, lo hizo en el seno de una familia. No necesitó a José para hacer a Jesús, porque el Verbo se hizo carne en el vientre de la Virgen María por el poder del Espíritu Santo y no a través de ninguna agencia humana. Pero Dios juzgó necesario que Jesús fuera criado por José, que estaba casado con su madre, María.

La fiesta de la Sagrada Familia nos recuerda el carácter sagrado de la institución misma de la familia. Debería ser obvio que gran parte de las disfunciones que se producen en la vida de las personas, o en la vida de la sociedad, tienen sus raíces en disfunciones que se encuentran en la ruptura de la familia actual. Familias sanas significan personas sanas y sociedades sanas. Familias sanas significan personas esperanzadas y llenas de esperanza y sociedades esperanzadas y llenas de esperanza.

Por eso, la Iglesia invita a todas las familias a mirar a la Sagrada Familia de Nazaret como modelo para todos los padres. Todos los hijos deben esforzarse por imitar las virtudes que se encuentran en esa familia, pero la Iglesia también invita a todas las familias a encontrar consuelo y fortaleza en la Sagrada Familia. María es madre para todos nosotros, pero puede ser, de un modo especial, madre de los huérfanos de madre; y José, el padre adoptivo de Jesús, puede ser también protector y guía de los huérfanos de padre.

Como católicos, nos llamamos «pueblo peregrino» porque estamos de «paso» por este «valle de lágrimas», y esperamos «pasar» con Jesús al Reino de su Padre. Una «peregrinación» es una forma de recordarnoslo: viajamos a un lugar santo para recordar que la vida es un viaje cuyo destino es Dios. Los peregrinos deben viajar ligeros de equipaje. Por eso, las peregrinaciones ofrecen a los peregrinos la oportunidad de descargar sus conciencias haciendo una buena confesión.

Es posible que algunos de ustedes estén planeando un viaje a Roma y a las diversas iglesias del Año Jubilar. Pero, en la Archidiócesis, he designado varias iglesias o santuarios como destinos de peregrinación en los que también se podría obtener la indulgencia plenaria cumpliendo las condiciones habituales. Por supuesto, la catedral de Santa María es uno de esos lugares de peregrinación. Bienvenidos, pues, peregrinos.